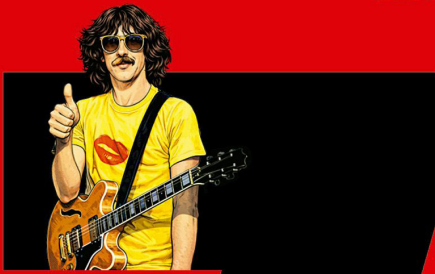


FELIPE PIGNA



Crónica de un año que cambió
nuestra historia para siempre

FELIPE PIGNA 76

Crónica de un año que cambió
nuestra historia para siempre

A modo de introducción

Es imposible comprender qué fue lo que sucedió en la Argentina a partir del 24 de marzo de 1976 sin observar en detalle algunos puntos clave de los años previos al golpe de Estado cívico-militar. En especial, del período que va de 1973 a fines de 1975. Y me quiero detener en la idea de «comprender», un verbo muy distinto —casi opuesto— a «justificar», porque lo que sigue es una síntesis analítica de esa etapa por demás conflictiva de nuestra historia.

En su libro *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*,¹ la historiadora Marina Franco muestra cómo la represión se fue consolidando antes del golpe con prácticas ilegales, grupos parapoliciales y un discurso de «enemigo interno» que luego la dictadura no hizo más que profundizar. Señala que la narrativa oficial posterior prefirió borrar esa continuidad para proteger a los partidos tradicionales de un cuestionamiento más amplio. Sostiene que las cúpulas directivas del Radicalismo y del Justicialismo coincidieron en fijar el 24 de marzo de 1976 como el inicio oficial de la historia de la represión, porque esa fecha funcionó como un punto de quiebre simbólico y, al mismo tiempo, como un recurso político. Al narrar la violencia estatal únicamente desde el golpe cívico-militar, se construyó la idea de que la represión fue un fenómeno excep-

¹ Marina Franco, *Un enemigo para la nación: orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

cional y exclusivo de la dictadura, desligando así las responsabilidades de los gobiernos democráticos previos y del principal partido opositor.

Coincidió plenamente con la mirada de Marina Franco. Y eso me llevó a dedicarle dos capítulos de este libro a ese período tumultuoso, pleno de esperanzas y de frustraciones. De intentos coartados por las presiones de los factores de poder. Pero también condicionados por la incompreensión de una parte de los sectores más dinámicos del espectro político que siguieron apostando a la violencia en un contexto nacional y regional muy complejo.

Hubo, por aquellos años, sobre todo entre 1973 y 1974, iniciativas virtuosas. La conformación de un sindicalismo de base que se diferenciaba en todos los aspectos de la burocracia sindical. Un movimiento obrero renovado, que cobraba fuerza en las principales factorías industriales del país, que por entonces eran muchas. A otra escala, la extensión de emprendimientos cooperativos de servicios, industriales y rurales en centenares de pueblos y ciudades tejía, cada vez más, redes y vínculos. Por su parte, la cultura no se quedaba atrás: decenas de revistas, un cine que hablaba de nuestra historia sin tapujos y llenaba miles de salas a lo largo y a lo ancho de nuestra extensa geografía, y una producción musical que, más que nada a través del rock y del folklore, expresaba lo que la gente sentía. Las artes visuales iban más allá de las galerías de arte para llegar a los barrios, a las fábricas, a las escuelas y a las universidades. El teatro nacional vivía un gran momento, al igual que la industria editorial, con récords de libros publicados y vendidos. En las calles la canción era la misma. Tomaba forma un movimiento en defensa de los derechos humanos que tendría un rol fundamental durante la dictadura, y los estudiantes, de todos los niveles, se movilizaban por aquello que les pertenecía sin perder de vista nunca las necesidades de las clases populares. Mientras, los sectores más progresistas de la Iglesia católica hacían valer los enunciados del Evangelio y del Concilio Vaticano II optando, sin vacilaciones, por los pobres.

Contra todo esto, más que contra una guerrilla que para principios de 1976 estaba fuertemente debilitada, aislada y sumida en un militarismo que la alejaba cada vez más del resto de la sociedad, es que se puso en marcha la contraofensiva revanchista cívico-militar que comenzaría el 24 de marzo.

Este libro se ocupa de aspectos que, a mi juicio, son los más importantes en el análisis del primer año de la dictadura. Nos detendremos en el inicio del reformateo neoliberal del país encabezado por José Martínez de Hoz y sus «Chicago boys». Los mismos que sostenían que «achicar el Estado es agrandar la Nación», o que daba lo mismo producir acero que caramelos. Que destrozaron la industria nacional y endeudaron de manera salvaje al país sin la más mínima contrapartida en obras públicas o créditos para la producción o el consumo. Personajes oscuros que impusieron un modelo económico que hubiese sido imposible de implementar en una Argentina reconocida en el mundo por su nivel cultural y por la combatividad y organización de su movimiento obrero, sin una feroz represión centralizada y sistematizada. Un plan siniestro que contó con la complicidad de un Estado que se convirtió en terrorista de la mano de fuerzas armadas que se comportaron como lo habría hecho un ejército de ocupación sobre una población enemiga. Será importante, entonces, analizar las fuentes ideológicas de ese modelo represivo. El rol central que cumplieron las escuelas francesa y norteamericana en la adopción, por parte de las Fuerzas Armadas argentinas, de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria con sus dramáticas consecuencias: el modelo concentracionario del que habla Pilar Calveiro en su libro,² las torturas, el robo de recién nacidos y las desapariciones.

Analizaremos también qué pasó con la cultura en 1976. Con esa censura implacable y omnipresente que incluyó hogueras en las que ardieron libros que la dictadura denominó como «cri-

² Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

minales». Pero, a la vez, daremos cuenta de aquello que seguía latiendo en las sombras, de quienes sostenían el arte a pesar de todo. Y de lo que pasaba en el resto del planeta para entender el contexto internacional y su lógica influencia en nuestro país. Y claro, de todas aquellas formas de resistencia al régimen que se produjeron y que no son, según entiendo, lo suficientemente recordadas.

A cincuenta años del inicio de uno de los períodos más trágicos de nuestra historia, me parece vital e indispensable revisar ese pasado que por momentos sentimos que se hace presente. Porque como señala el historiador Yosef Yerushalmi, «El antónimo del olvido es la justicia».

FELIPE PIGNA
Febrero de 2026

1974

Desde y hasta la muerte de Perón

La muerte del líder

La señora miró la pantalla con ojos llorosos y apretó la cruz que tenía colgando del cuello: «¿Y ahora? ¿Quién nos va a cuidar?», preguntó sin esperar respuesta. Un hombre peinado con gomina y anteojos con marco grueso murmuró por lo bajo: «*Por fin se murió ese viejo de mierda*». «*No puede ser*», repetía un muchacho con overol, moviendo la cabeza y con los ojos fijos en la televisión de la pizzería, hasta que empezó a llorar en silencio y se cubrió la cara con las manos.

Eran las dos de la tarde y aquel 1 de julio de 1974 había amanecido nublado, no era un día peronista. Al mediodía había empezado a llover. Una llovizna pertinaz, molesta, que dolía. María Isabel Martínez de Perón, con su peinado inflado y custodiada por el superministro José López Rega, lo anunció por cadena nacional.

—Con gran dolor debo transmitir al pueblo de la Nación Argentina el fallecimiento de este verdadero apóstol de la paz y la no violencia —dijo con voz quebrada.

Los partes médicos venían alertando sobre el inminente final del hombre que había manejado la política nacional a su antojo desde 1945. Para muchos, era quien había transformado la Argentina de país agrario en industrial, de sociedad injusta en paraíso de la justicia social. Para otros, menos pero no pocos, era un dictador autoritario y demagogo que había terminado

con la disciplina social y les había dado poder a los «cabecitas negras». Lo cierto era que la política local llevaba su sello y que, como bien él mismo decía, en la Argentina todos eran peronistas: había peronistas y antiperonistas, pero todos tenían ese componente.

La mañana del lunes 1 de julio Juan Domingo Perón había sufrido un paro cardíaco del que lograron reanimarlo, pero que al mediodía se repitió. Los médicos que lo atendían estuvieron tres horas realizándole maniobras de resucitación ante la mirada atenta de López Rega, que llamó a uno de ellos para decirle por lo bajo:

—Si lo sacás te hago conde.

A las 13:15 ya no hubo nada más que hacer. El doctor Jorge Taiana contó que López Rega tomó al General de los tobillos y, entrecerrando los ojos, con pronunciación monótona y ritmo constante, balbuceó unos mantras, hasta que gritó:³

—¡No te vayas, Faraón! —mientras agitaba las piernas del cadáver.

Tras varios intentos febriles por volverlo a la vida, se resignó:

—El Gran Faraón no responde a mis esfuerzos por retenerlo acá en la Tierra. Debo desistir.

Quizás por eso, un par de horas después de que Isabel había dado la noticia, Josecito usó nuevamente la cadena nacional y se creyó en la obligación de volver a anunciar: «*Con gran pesar debo confirmar al pueblo argentino la infausta noticia del paso a la inmortalidad de nuestro líder nacional, el general Perón*».

En esas esotéricas manos había quedado el país.

A la mañana siguiente seguía lloviendo y hacía mucho frío. Un pueblo triste y desamparado empezó a hacer cola para darle el último adiós a su líder. Había algo distinto al entierro de Evita. No era tan evidente la división entre las dos argentinas, la que en 1952 brindaba con champagne porque se había muerto

³ Jorge Taiana, *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

la «yegua» y la que lloraba a su abanderada. La sensación era diferente porque el peronismo había ampliado su base electoral por izquierda, pero también por derecha. No eran pocos los conservadores que habían confiado a Perón la misión de pacificar la Argentina, una última carta para frenar al «comunismo». Así que aunque no tenían mucho para festejar, sin sumarse al dolor popular, no exhibían ni pública ni privadamente su satisfacción reparadora de antiguos rencores.

Entre las tapas de los diarios porteños de ese gélido martes 2 de julio se destacaron la de *Crónica*, que colocó en su portada en letras gigantes «MURIO», y la de *Noticias* que hizo lo propio con la palabra «DOLOR». Acompañaba el título este texto redactado por Rodolfo Walsh: *«El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos treinta años, murió ayer a las 13:15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres, la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un líder excepcional.»*

La nota discordante la daría el diario liberal de derecha *La Prensa* de la mano de su redactor Jorge Paita: *«Incondicionalmente apoyado y férreamente combatido, ha merecido ya, sin embargo, juicios certeros por parte de los que aman la libertad, la verdadera justicia y las instituciones republicanas heredadas de nuestros mayores. Su historia y la del país, en las tres décadas mencionadas, es también la historia de una alternancia entre la autocracia y la demagogia, y asimismo la de un desencuentro entre el ideal de libertad y la práctica de los principios destinados a ampararla (...) la intervención estatal se hizo sentir sin tregua en todos los órdenes, mediante expropiaciones y nacionalizaciones (como la compra de los ferrocarriles, llevada a cabo por razones de mera propaganda)».*

El editorial de *The Washington Post*, en cambio, señalaba: *«Perón dirigió, en la década de los años 40, una transformación social en la Argentina que, al contrario de muchos otros movimientos latinoamericanos, puede ser descrito como revolución»;* mientras que *The New York Times* decía: *«La personalidad de Pe-*

rón ha merecido sentidos elogios desde la izquierdista Cuba a las derechistas Brasil y Chile».

«*Un viejo adversario despide a un amigo*», dijo el radical Ricardo Balbín, jefe de la oposición, ante el féretro de Perón. Balbín había estado preso durante el primer peronismo y había sido una pieza clave de la autodenominada «Revolución Libertadora». El abrazo que se habían dado con Perón dos años antes había sido considerado un símbolo de que las antiguas persecuciones políticas habían terminado.

El comandante en jefe del Ejército, Leandro Anaya, se animó a prometer: «*Hoy y aquí, frente a vuestro cuerpo yacente y en presencia de vuestra alma inmortal, yo, como comandante general del Ejército Argentino, os reitero nuestro compromiso de apoyar, con toda decisión y con todos los medios a nuestro alcance, la continuidad del proceso institucional*». A su turno, el entonces gobernador de La Rioja, Carlos Saúl Menem, dijo: «*La bandera que él fue y ahora pareciera plegada en el agobio inmenso de nuestra congoja, será nuevamente desplegada por el pueblo entero que la tomará en sus brazos para llevarla al triunfo, en el juramento de servirla con lealtad hasta el límite del propio sacrificio*».

En la calle pasaban otras cosas.

«*Cuando escuché la noticia de la muerte de Perón, algo que todos esperábamos, llamé por teléfono a un amigo con ánimo de chicanearlo un poco*», contó años más tarde la fotógrafa Sara Facio. «*“¿Estás triste porque se murió tu papito?”*, le pregunté sin entender que estaba diciendo una barbaridad. Hubo un largo silencio del otro lado de la línea. Y después escuché una voz profunda, como venida de metros y metros bajo tierra: “*Salí a la calle*”. Colgué, pensando que me había mandado una macana grande, agarré la cámara y salí. Y lo que fui viendo me transformó, no podía dejar de hacer click y, sin haber sido nunca peronista, todo lo contrario, me sentí parte de una enorme tristeza».

En Dusseldorf, por entonces Alemania Occidental, los integrantes de la selección argentina que disputaban el campeonato mundial, decidieron levantar un altar en honor al General y emi-

tieron el siguiente comunicado: *«Ante la congoja total que aflige a todos los integrantes de la delegación argentina por la irreparable pérdida de nuestro presidente, Juan Domingo Perón, nosotros, los jugadores, sentimos en este momento la necesidad de expresar nuestro estado de ánimo. En esta situación consideramos que es imposible competir y, por ello, se lo hicimos saber a nuestros dirigentes. Pero ante el compromiso que tiene nuestro país en esta copa mundial, no nos cabe otra alternativa que ajustarnos a las disposiciones reglamentarias. Pero las mismas no pueden disminuir nuestro profundo pesar por el momento que vivimos nosotros y todo el país argentino»*. La FIFA no aceptó postergar el partido contra Alemania Oriental y amenazó con aplicarle a la AFA una multa de 600.000 dólares. La organización sí aceptó que los jugadores luzcan un brazalete negro, que en el estadio Gelsenkirchen las banderas flamearan a media asta y que, en los cuatro encuentros a disputarse ese día, se hiciese un minuto de silencio en homenaje de Perón.

El partido que jugaron Ubaldo Fillol, Quique Wolff, Ángel Bargas, Ramón Heredia, Jorge Carrascosa, Roberto Telch, Miguel Brindisi, Carlos Babington, René Houseman, Rubén Ayala y Mario Kempes contra Alemania Oriental se celebró el 3 de julio, y terminó en empate 1 a 1.

En Buenos Aires, las veredas estaban llenas de lágrimas, flores y caras preocupadas. La frase más escuchada era *«qué va a ser de nosotros»*. Nadie se engañaba sobre los días que vendrían. La sensación de vacío político era proporcional al tamaño de la figura desaparecida. Isabel, la heredera efectiva del legado dejado simbólicamente al pueblo, no estaba a la altura de las circunstancias y solo tenía de Perón su apellido.

Nadie ignoraba que el brujo López Rega ocuparía el lugar central en la política por el que había venido luchando desde su puesto de mucamo de Puerta de Hierro, un poder que terminaría ofrendando a lo peor del entramado político militar de la Argentina. Quedaba flotando una pregunta: ¿por qué el último Perón había dejado a los argentinos aquella terrible herencia, antesala del infierno tan temido?

La juventud maravillosa

«La Providencia me ha dado un privilegio: que en los últimos años de mi vida me haya sido posible contactar con una juventud esclarecida, que no solo siente y piensa, sino que es capaz de luchar denodadamente por asegurar el futuro de su Patria, que le corresponde por derecho propio», les decía Perón desde Madrid, en 1972, «a los compañeros de la Juventud Peronista» en una de sus cartas. Incluso le confesaba al director de cine Pino Solanas que «el mejor peronista es el peronista armado» y que «si tuviera veinte años, las bombas las estaría poniendo yo».

Por entonces, las organizaciones armadas peronistas surgidas a fines de los 60 contaban con la bendición de un Perón exiliado en España que, al calor de las barricadas de París, ya no denostaba a los comunistas como lo había hecho en sus discursos de fines de los 40, sino que hablaba del socialismo nacional y se lamentaba por la muerte del Che Guevara, al punto de escribir en una famosa carta a Ricardo Rojo: «ha muerto el mejor de nosotros».

Esa «juventud maravillosa», como gustaba llamarla el General en la época en que le resultaba funcional a su estrategia, provenía en muchos casos de hogares antiperonistas de clase media y había crecido escuchando en las clases de Educación Democrática dictadas durante gobiernos dictatoriales, denuestos contra «el tirano prófugo». Bajo la dictadura de Agustín Lanusse, miles de jóvenes se habían ido sumando a las agrupaciones de base que en su conjunto componían la llamada «Tendencia Revolucionaria del Movimiento Peronista», unidades de encuadramiento político que pedían el regreso de Perón bajo la consigna «*Luche y vuelve*».

Montoneros, FAR y FAP conformaban la parte armada, pero la Tendencia también estaba integrada por organizaciones de «superficie» legales provenientes de distintos ámbitos: la Juventud Peronista en los barrios, la Juventud Universitaria Peronista, la Juventud de Trabajadores Peronistas, el MVP (Movimiento de

Villeros Peronistas), la Juventud Peronista Regional, la Agrupación Evita —que nucleaba a las mujeres— y la Unión de Estudiantes Secundarios.

Perón denominó a las organizaciones guerrilleras de su movimiento «Formaciones Especiales», un concepto que tomó del libro *De la guerra, táctica y estrategia*, de Karl von Clausewitz, quien las define como grupos de combate creados para cumplir una misión específica en un tiempo y un espacio determinados, y que debían disolverse una vez finalizada esa misión. Clausewitz subrayaba, además, que debían ser un elemento subordinado y carecer de toda autonomía. Es notable lo fiel que fue Perón a este punto del pensamiento del teórico alemán.

Al grito de «¡Perón, Evita, la patria socialista!», la juventud maravillosa fue clave en el Operativo Retorno, que logró el regreso del líder al país en noviembre de 1972, tras diecisiete años de exilio. El Viejo ya venía manteniendo reuniones secretas con Rodolfo Galimberti, Fernando Vaca Narvaja y otros dirigentes Montoneros en Puerta de Hierro, y también los convocó durante su breve estadía en la Argentina para darles instrucciones precisas de cara a las próximas elecciones.

El general terrateniente Lanusse se había reservado dos «trampitas» hechas a la medida de Perón para impedir que pudiera presentarse como candidato: se aplicaría por primera vez en la historia el sistema de ballottage y se fijaba un plazo perentorio para la «*presentación de los candidatos en el país antes del 25 de agosto de 1972*». Pero el General no estaba dispuesto a cumplir estos requisitos por dos motivos: para no darle el gusto a Lanusse y para evitar asumir inmediatamente después del final de la dictadura y tener que enfrentar un período de transición que, sin dudas, sería complejo y violento. Prefería colocar en ese lugar a un candidato vicario: su delegado personal y expresidente de la Cámara de Diputados durante el primer peronismo.

Según contaba el consejero presidencial de Perón y poderoso financista Jorge Antonio, el General lo fue a ver a su oficina

de Madrid y le dijo: «*Vamos a elegir al presidente. Tenemos tres candidatos: Cámpora, Benítez y Taiana. El mejor de todos es Taiana, pero el consuegro es Julio Alsogaray, el comandante en jefe del Ejército. El otro es Benítez, un correntino taimado que se va a querer quedar y yo quiero un presidente que esté dos meses para ser yo el presidente de la república*». Jorge Antonio le respondió: «*Entonces, queda Cámpora*».

En noviembre de 1972, cuando volvió a la Argentina, Perón se los anunció a los muchachos de la Tendencia, minutos antes de partir a Ezeiza para regresar a España.

La elección del dentista de San Andrés de Giles no despertó demasiado entusiasmo entre los militantes, pero acataron la orden y empezaron a llamarlo cariñosamente «el Tío», porque era el hermano de «Papá».

Al llegar a Madrid, Perón le brindó un reportaje al diario peronista de derecha *Mayoría* en el que diría: «*Los viejos no van a arreglar esto; los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...) Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie*».⁴

Perón al poder, ¿Cámpora al gobierno?

El 11 de marzo de 1973, después de casi dieciocho años de proscripciones, el pueblo argentino pudo finalmente expresarse libremente en las urnas.

Con la fórmula Cámpora⁵-Solano Lima,⁶ el Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) —la coalición electoral que lidera-

⁴ Diario *Mayoría*, Buenos Aires, 11 de enero de 1973.

⁵ Héctor Cámpora, presidente de la Cámara de Diputados durante el primer peronismo y delegado personal de Perón.

⁶ **Vicente Solano Lima:** Dirigente conservador. En los años 30 fue ministro de Gobierno del gobernador bonaerense Manuel Fresco. En 1956 fundó el Partido Conservador Popular y en 1963 Perón lo eligió como candidato a presiden-

ba el Partido Justicialista e integraban el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), encabezado por Arturo Frondizi; el Partido Conservador Popular, de Vicente Solano Lima, y el Partido Popular Cristiano, de José Antonio Allende, una de las dos facciones del Partido Demócrata Cristiano—, obtuvo más de seis millones de votos (49 %). El Frente se impuso en casi todas las provincias, con las excepciones de Neuquén donde triunfó el Movimiento Popular Neuquino, y en Santa Fe donde ganó una escisión del Movimiento de Integración y Desarrollo. Hubo casi 280.000 votos en blanco. La izquierda trotskista⁷ llegó a los 74.000. Las opciones de derecha⁸ en su conjunto obtuvieron casi 2.500.000 votos, casi la misma cifra que obtuvo la fórmula radical encabezada por Balbín que llegó a los 2.600.000 (21 %). El Comité Central de la UCR consideró innecesaria una segunda vuelta, aunque en quince distritos sí la hubo, entre ellos en la Capital Federal, donde resultó electo un joven senador radical, tan joven que le decían «Chupete»: Fernando De la Rúa, y en Córdoba, donde se impuso el peronista progresista Ricardo Obregón Cano.

La revista *Gente* daba cuenta de la falta de costumbre electoral de los votantes y las autoridades responsables con dos anécdotas:

«En Sánchez de Bustamante 1456 hay un hotel alojamiento que fue habilitado como lugar de votación. Algunas señoras y señores se mostraron indignados y declararon a los cronistas que ingresaban al lugar por primera vez

En la escuela Rivadavia de Caucete, San Juan, la elección tardó mucho en iniciarse porque el fiscal de la UCR se oponía a comenzar los comicios mientras no se apagara la lamparita del cuar-

te del Frente Nacional y Popular. En 1973 fue el compañero de fórmula de Cámpora. Renunció junto al presidente el 13 de julio de 1973. Fue designado interventor de la Universidad de Buenos Aires.

⁷ Partido Socialista de los Trabajadores.

⁸ Alianza Popular Federalista, Alianza Republicana Federal, Nueva Fuerza y Partido Socialista Democrático.

to oscuro y repetía ante los estupefactos votantes “La ley es muy clara y dice que los ciudadanos deben votar en un cuarto oscuro”».

Según contaba el corresponsal en Madrid de *Siete Días*, Armando Puente, Perón no pudo votar por no estar registrado en el consulado. Un pasaporte con su nombre esperaba desde hacía un año a su dueño que no consideró necesario retirarlo. El viejo líder se movía por el mundo con uno a nombre de Juan Sosa, extendido por el gobierno paraguayo y renovado en Madrid.

En medio de enormes festejos populares en los que el sector más dinámico y más recientemente incorporado al Movimiento, la Juventud Peronista, tuvo un innegable protagonismo, el presidente electo intentó comunicarse por teléfono con Perón desde las oficinas del P.J. de Oro y Santa Fe:

—Hola, señora Isabel. Estamos aquí reunidos con todos los periodistas argentinos y extranjeros. Nos acompañan los compañeros de la CGT, el compañero Rucci, el compañero Coria de las 62 Organizaciones, el compañero Lorenzo Miguel de la UOM y todo el Consejo Superior. Y mucha gente que se ha llegado para demostrar una vez más la solidaridad del pueblo argentino que tiene para con el General y para con usted. Y ya es un hecho cierto que el general Perón y usted tienen su residencia en la República Argentina —dijo Cámpora.

—Muchas gracias, doctor, estamos muy contentos. Yo se lo voy a transmitir al General.

—Si fuera posible, señora, que yo le pudiera decir unas palabras al General se lo agradecería mucho.

—A ver un momentito, doctor.

—Gracias, señora.

Pero el momentito se transformó en eterno, hasta que finalmente del otro lado del teléfono se escuchó aquella voz inconfundible, que lamentablemente se tornaría muy «familiar» para los argentinos.

—Doctor Cámpora, López Rega le habla...

El proyecto de Montoneros planteaba que la Argentina debía optar entre la «liberación o la dependencia» del imperialismo

representada, según su análisis, por las grandes empresas multinacionales y sus aliados locales: la oligarquía industrial, financiera y terrateniente. Enfrente se alzaba el pueblo peronista y la burguesía nacional. Siempre según Montoneros, esa alianza de clases se había expresado en el Frejuli, liderado por Perón, quien llevaría adelante el proyecto del «socialismo nacional», para lo cual debía destruir a los sectores burócratas y corruptos del propio movimiento popular.

Sostenida por estas premisas, las agrupaciones de la Tendencia se mantuvieron dentro del movimiento peronista, lo que facilitó su crecimiento y las convirtió en la principal fuerza de izquierda del país en los barrios y en el estudiantado. Sin embargo, nunca consiguieron disputarle seriamente el poder dentro del movimiento obrero a los sectores tradicionales del sindicalismo peronista.

El recuerdo de un episodio ocurrido el 18 de abril de 1973, días antes de que Cámpora asumiera la presidencia, ayuda a comprender la tensión que ya había comenzado a generarse entre las distintas facciones del Movimiento. Ese día, en la sede del Sindicato del Calzado, se refundaba la Unión de Estudiantes Secundarios, UES, esta vez como expresión de la unidad de todas las agrupaciones secundarias peronistas. Estaba presente el delegado de Perón para la Juventud, Rodolfo Galimberti, quien cerró su encendido discurso diciendo: *«Porque en 1955 se instaló la violencia del régimen, a la que las masas contestaron con su propia violencia. Pero ahora debemos ejercer esta violencia en forma orgánica, porque no podemos pensar que el gobierno popular va a poder sostener y llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el camino al socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquellas que ya intentó organizar la compañera Evita, compañeros, ¡Las milicias populares peronistas!»*.⁹

⁹ *La Opinión*, 19 de abril de 1973.

El escándalo fue inmediato y «Galimba» fue convocado de urgencia a Madrid por Perón, donde fue recibido con cara de muy pocos amigos por el General y un séquito que hablaba a las claras de quiénes componían ya por entonces su círculo áulico. Allí estaban el teniente coronel Osinde y la exmilitante comunista devenida en ultraderechista Norma Kennedy. Galimberti —que debió haber recordado el rechazo rotundo que había sufrido Evita por parte de Perón ante su proyecto de las milicias—, fue expulsado de su cargo, y la derecha se sintió a sus anchas para advertir sobre los verdaderos planes de «los muchachos» de la JP.

Las mismas fracciones comenzaban a emitir en el país otras señales: el 2 de mayo un grupo de derecha no identificado arrojó bombas incendiarias contra el Teatro Argentino destruyéndolo por completo. En la sala, propiedad del dueño de canal 9, Alejandro Romay, ubicada en Sarmiento 1440, se iba a estrenar ese día el musical de Tim Rice y Lloyd Weber *Jesucristo Superstar* que había sido duramente criticado por los medios de la derecha y dignatarios de la Iglesia católica.

Así estaban las cosas el 25 de mayo de 1973, cuando Cámpora asumió el gobierno de la mano de los sectores juveniles del Movimiento. Quedaba claro que el peronismo había dejado hacía años de ser aquella organización monolítica del período 1945-1955. Durante los largos años de proscripción, habían sido muchas las incorporaciones que, desde la derecha y también desde la izquierda, se habían sumado al aparato tradicional. Cada sector del peronismo se había ido acostumbrando a interpretar a su favor la palabra del General, que llegaba en cintas de grabador y, en los últimos años del exilio, en casetes o a través de las entrevistas concedidas a medios internacionales. De modo que ahora convivían en su interior, conflictivamente, distintos sectores, en algunos casos de ideologías opuestas, y todos parecían contar con el aval de Perón.

En la ceremonia de asunción de Cámpora estaban presentes los presidentes socialistas de Chile, Salvador Allende, y de

Cuba, Osvaldo Dorticós Torrado. La Juventud Peronista se adueñó del acto e impidió la llegada a la Casa Rosada del secretario de Estado norteamericano William Rogers, de su «asesor económico» y futuro jefe de la CIA, William Casey, y del presidente títere de los militares y del poder económico del Uruguay, Juan María Bordaberry. Los militares no pudieron realizar el desfile tradicional. La muchedumbre coreaba «*Qué lindo que va a ser, el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel*» y «*Se van, se van, y nunca volverán*», e imaginaba en aquella tarde de mayo de 1973, bajo aquel cielo cargado de esperanzas, que la alianza entre el poder económico más concentrado, la jerarquía eclesiástica y el autoritarismo cívico-militar no tendría nunca más cabida en Argentina.

Vientos que anuncian tempestades

Esa misma noche, los presos políticos, muchos de ellos integrantes de grupos guerrilleros, se vieron beneficiados por el Decreto 11/73 firmado por el presidente Cámpora que establecía una amplia Ley de Amnistía. Los manifestantes que venían reclamándola se trasladaron desde la Plaza de Mayo hasta la cárcel de Villa Devoto, donde comenzaron a ser liberados los detenidos. En total fueron liberados 447 reclusos de cárceles de todo el país, distribuidos en su mayoría en Devoto, y en La Plata, Tucumán, Córdoba, Rawson y Coronda. A las 23:45 horas, luego de la salida de los presos, la infantería de Marina, a manera de transitoria despedida, atacó a tiros a los manifestantes y se cobró la vida de dos adolescentes: Oscar Lisak, de la Unión de Estudiantes Secundarios, y Carlos Sfeir, de Vanguardia Comunista.

La amnistía fue convertida en la Ley N° 20.508 en la madrugada del 27 de mayo con el voto unánime de todos los bloques del Parlamento.

Es importante destacar este dato porque es un argumento recurrente de los negacionistas achacar exclusivamente la res-

ponsabilidad de la amnistía a Cámpora, cuando fue una ley sancionada por unanimidad por todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria, incluidas la UCR y la derecha en todas sus variantes.

Decía el diario *El Día* de La Plata que la amnistía «fue promulgada bajo el número 20.508 a través del decreto número 18, y según un comunicado oficial del Gobierno “por primera vez se registra en el Parlamento Argentino la aprobación de un proyecto de ley por unanimidad y aclamación de los señores legisladores”. Añadióse que “tanto en la Cámara de Senadores como en la de Diputados, hubo expresiones de elogio al presidente Cámpora por el contenido y significado del proyecto aprobado”. “La voluntad pacificadora del Gobierno nacional ha quedado claramente evidenciada con esta determinación tomada en aras de la necesidad del reencuentro de todos los argentinos para la reconstrucción nacional”, concluyó diciendo el comunicado oficial». ¹⁰

La composición del gobierno del Tío era un fiel reflejo de las diferentes tendencias del peronismo y preanunciaba enfrentamientos inevitables. En el gabinete, el Congreso y las gobernaciones convivían funcionarios de izquierda y de derecha. La izquierda peronista obtuvo más de cincuenta cargos electivos en provincias y municipios; varios gobernadores electos eran cercanos a sus posiciones: el de Buenos Aires, Oscar Bidegain; el de Córdoba, Ricardo Obregón Cano; el de Santa Cruz, Jorge Cepernic; el de Salta, Miguel Ragone, y el de Mendoza, Alberto Martínez Baca.

«La Revolución del 25 de mayo de 1973 tiene su sentido más profundo en la defensa que harán de ella la Juventud, las FAR y los Montoneros. Hay aún muchos conservadores en el Movimiento y en el Gobierno nacional, y esta es una lucha a muerte», ¹¹ dijo el sábado 9 de junio, en San Antonio —pueblo natal de Facundo

¹⁰ Diario *El Día*, La Plata, 28 de mayo de 1973.

¹¹ En Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad*, Tomo II, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1998.

Quiroga—, Carlos Saúl Menem cuando asumió simbólicamente la gobernación de La Rioja.

Los simpatizantes de la Tendencia también alcanzaron ocho bancas en la Cámara de Diputados e influencia en ministerios clave, como el del Interior, encabezado por Esteban Righi; el de Relaciones Exteriores, a cargo de Juan Carlos Puig, el de Educación, liderado por Jorge Taiana, el médico personal y amigo de Perón. En la Universidad de Buenos Aires fue nombrado interventor Rodolfo Puiggrós, y varios nuevos decanos y profesores cercanos a Montoneros.

Sin embargo, con claras intenciones de no darle tanto poder a «los muchachos», el gabinete se completaba con representantes de otros sectores. El ministro de Trabajo, Ricardo Otero, era el secretario de la UOM Capital y vanderista, y en Defensa y Justicia estaban dos políticos peronistas tradicionales: Ángel Robledo y Antonio Benítez. Pero quien más se destacaba era el ultraderechista José López Rega, secretario privado de Perón y flamante ministro de Bienestar Social, que parecía tener intereses propios y se presentaba como intermediario entre Perón y sus diferentes interlocutores.

«Este equipo no va a funcionar aisladamente; va a funcionar directamente unido conmigo, pero en una sola familia. Y el día que se equivoque uno, nos equivocaremos todos. Pero también vamos a reconocer los errores. El día que yo use esto para otra cosa que no sea lo que corresponda, servir al país, los autorizo para que me echen a patadas de esta casa»,¹² dijo Lopecito al asumir.

Al frente del Ministerio de Economía se optó por José Ber Gelbard, empresario fuertemente ligado a su sector y del que se decía que tenía cierta cercanía con el Partido Comunista y la Unión Soviética.

¹² Declaraciones de José López Rega al diario *La Nación*, 29 de mayo de 1973.